

F. J. Robles Rodríguez, *Para aprehender la psicología*, Guillermo Escolar Ed., 2022, 427 pp.

Robles observa con aprensión las formas comprensivas que pretenden dar coherencia y fundamento a la historia de la psicología desde una perspectiva científicista. Esto sucede en su obra, *Para aprehender la psicología*, donde quiere *cazar* el objeto de estudio de esta disciplina, que no será otro que el control de la inminencia que opera sobre el prágmatas, desde una perspectiva fenoménico conductual. Para ello trazará un recorrido de Husserl a Skinner, pasando por Merleau-Ponty, Ortega y Heidegger. Se erigirá al final al conductismo radical como la forma más adecuada de hacer psicología. Sin duda, estamos ante un libro valiente. ¿Cómo se llega por el camino filosófico de la reflexión a denostar al sujeto cognitivo como instancia psicológica? Ese es el impulso narrativo que hace de esta obra una pieza auténtica en el panorama de la filosofía de la psicología.

Su reedición, veinticinco años después de la primera (1996), es un homenaje al autor, recientemente fallecido, que la UCM, y especialmente su pupilo, y autor del estudio introductorio, Vicente Caballero de la Torre, han querido hacerle.

Dicho estudio apela al contexto del texto, como no podría ser de otra manera, y es breve y clarificador. En el primer capítulo, se refiere a las discusiones metodológicas del materialismo filosófico de Gustavo Bueno; en el segundo, a la corriente fenomenológica anti-cartesiana que mundaniza la percepción; en el tercero, se aborda la crítica a la psicología cognitiva que se amplía a corriente evolutiva de Piaget, y que se lleva a su *fuentes* histórica, a esa época de eclosión de la representación que fue el barroco, tanto en la física, con Newton, como en la cartografía, como en el teatro.

El *leitmotiv* de Robles en *Para aprehender la psicología* es el rastro que el cartesianismo dualista ha dejado en los núcleos teóricos de la disciplina. El recorrido no sigue una historia continua de la psicología. La obra comienza con una delimitación del problema en la primera parte: *Cartesianismo y psicología representacional* (p. 65); el contagio del problema a la disciplina de la que se trata: *La naturaleza representacional de algunos ejemplares emblemáticos de la historia de la psicología* (p. 143) y una tercera parte final con la solución: *El campo psicológico desde una perspectiva fenoménico-contextual* (p. 265).

En el primer bloque, se nos recuerda que Descartes llevó a la psicología a organizarse en el dualismo mecanicista que quería alcanzar la perfección geométrica de la astronomía galileana apta para una matematización posterior (p. 192). Aquí opera “el prejuicio del mundo”,

concepto de Merleau-Ponty, que ha de entenderse como que la percepción lo es de las propiedades del objeto y no del sentido de la totalidad en relación al sujeto que percibe. Las propiedades se caracterizan por poder ser cuantificables, lo implica la posibilidad de buscar constantes de equivalencia entre los fenómenos (divididos en sus supuestos constituyentes) y los contenidos de la mente (sensaciones simples). El método es la aplicación de la contabilidad fiscalista de las ciencias de la naturaleza a la psique. Pero esto nunca termina de ajustar, nos dice Robles, luego la propuesta siempre adolecerá de “cuasidad” y provisionalidad. Interesante me parece la mención de cómo las ideas puras de la geometría que se toman como modelo, generarán ideas-límite en la mente que nunca se ajustarán a la perspectiva del contingente del sujeto. Sin embargo, son fruto de la *ansiedad* “de claridad y distinción” como criterio de verdad que impuso el filósofo francés.

La segunda parte se inicia con tres saltos en momentos emblemáticos de la historia de la psicología. En el capítulo primero y el segundo, se centra en Fechner y en Wundt, respectivamente, fundadores ambos de la psicología. El capítulo tercero se dirige al modelo computacional que es la base, más o menos, del paradigma cognitivo del presente.

T. Fechner (1801-1887) llevó el principio de re-presentacionalidad cartesiana a su psicología para que así pudiera calificarse de ciencia *experimental*. Para ello, se afanó en buscar una correspondencia entre mundo y sensación para poder dar cuenta de una constante que permitiera pasar de una dimensión a otra. Y creyó lograrlo con La ley de Fechner que nos dice que a un aumento geométrico del estímulo le corresponde un aumento aritmético a la percepción (p. 165). Para que este principio nomológico pueda operar, es necesario el criterio de “mínima diferencia perceptible”, que habrá de determinar el sujeto del experimento subjetivamente.

W. Wundt (1832-1920) es considerado el fundador institucional de la psicología, al crear la figura del psicólogo experimentador universitario en su laboratorio, que en este caso se ubicó en Leipzig. ¿Quién es el padre de la física o de la química? No hay, dirá Robles, poniendo en sospecha este deseo fundacional que es propio también de la historia al uso de la psicología (p. 188). Así mismo, pone en cuestión el sentido de los experimentos wundtianos, que han sido considerados como en realidad una ejemplificación de principios, pero “los mismos experimentos podrían encajar dentro de otro sistema” (como se citó de Boring en p. 189)

El carácter que adopta la re-presentación en Wundt pretende superar el dualismo, pues considera que lo psicológico y lo físico son irreductibles, pero, a la vez, establece un paralelismo de correspondencia que termina haciendo operar ambos elementos por separado (p. 192). Esto es la consecuencia de adoptar metodológicamente el principio de los “distintos puntos de vista”. La ciencia natural considerará los objetos de la experiencia como independientes al sujeto, y la psicología investigará el contenido total de la experiencia en las relaciones entre el objeto y el sujeto, y de acuerdo a las propiedades de dichas relaciones. Robles citará a Husserl para denunciar el dualismo empirista que subyace al planteamiento de los dos puntos de vista (p. 196). El paralelismo entre la experiencia y las propiedades que esta genera en el sujeto permitirán introducir “la hipótesis de constancia”. Esta hipótesis implica lo que Robles denomina “*presencialidad* absoluta de los contenidos”. Doble presencialidad como continente (espacio físico) y contenido (mente) (p. 206) que generará la estructura “cuasística” de la que adolecían los planteamientos fechnerianos.

En el tercer capítulo (p. 211) se da el gran salto al modelo computacional de la mente, ese “extracto funcional y abstracto «situado» a medio camino entre la fisiología (*input*) y la conducta (*output*)” (p. 215). Se inicia el bloque con una descripción allende los límites de la psicología del modelo computacional, pues como es sabido, surgió del estudio de la IA y tiene un desarrollo potente desde la lingüística y la filosofía. El modelo cognitivo de la psicología es una derivación más de estos abordajes *máquina*-dependientes. Se trata someramente la Teoría computacional de J. Fodor. El mecanismo por el que se produce la causalidad intencional es sintáctico, lo cual implica la posibilidad de generar un *software* que traduzca o materialice el *input* medioambiental en un *output* como acción, dato, respuesta. La naturaleza del *hardware* o del cerebro, pierde importancia para el modelo computacional, pues lo importante de la mente es su capacidad de ser programada lingüísticamente. Robles mencionará a H. Putnam, a D. C. Dennet y a D. Davidson, como constructores de esta corriente.

El modelo de la computacional reproduce en última instancia el modelo interaccionista mente-cuerpo de Descartes. Robles incluye aquí a Russell y al primer Wittgenstein. El isomorfismo lógico une lenguaje y mundo por su equivalencia lógica. Robles quiere salvar al austriaco: “Wittgenstein dudó –el isomorfismo era inefable–, los neopositivistas, y también los funcionalistas, pisaron sin temor” (p. 233). El monismo lingüístico y el isomorfismo estructural serán las coartadas del modelo computacional como la experiencia inmediata lo había sido de la psicofísica wundtiana.

El resquebrajamiento de la seguridad en el enfoque computacional y modular de la mente, se puede extraer de las revisiones de los experimentos de Atkinson y Shiffrin sobre la memoria, que ha sido un campo propicio de la psicología cognitiva. H. Gardner describe las inconsistencias de los resultados, y la dificultad para separar adecuadamente los ámbitos de memoria a corto y a largo, que operó en los años sesenta y ochenta. Y más aún, da cuenta de que iba “cobrando primacía el escepti-

cismo acerca de su valor real” (como se citó en p. 244). Gardner hace mención a la “indeterminación de las teorías” por el cual se pueden generar varias teorías válidas para dar cuenta de unos resultados, sin poder saber cual es la más adecuada.

Sin embargo, “El problema, en realidad, radica en los supuestos de base del modelo computacional (...) en que los estados mentales son equiparados (...) con estados lógico-computacionales (sintácticos) carentes de contenido contextual, tales estados (...) tan solo tiene validez, por así decirlo, en *contextos descontextualizados*” (p. 245). Dado que el procesamiento es igual independientemente del contenido, el contenido se puede dejar de lado. Es lo mismo para la computación procesar música, que la lista de la compra, por ejemplo. La falta de validez ecológica no permite que esta psicología salga del laboratorio, nos indica Robles, apoyándose en Gardner o en U. Neisser (pp. 246-247).

En una segunda etapa, los partidarios del modelo computacional, quisieron “procesar ambientes”, pero sin renunciar a “la noción básica de procesamiento algorítmico de la información”, lo cual supone un paso de descontextualización, que convierte el conjunto en paradójico (p. 248-249). Un significado debe pasar al esquema previo, que es lo que se procesa, que es la condición de que sea interpretada de manera coherente. El problema es que para que el esquema tenga sentido, es necesario aludir a elementos no presentes, a elementos “marco”. Sin embargo, la propia teoría computacional exige que esté presente la posibilidad lógica como enunciado. Sólo opera con lo presente. Así, “para poder identificar computacionalmente un contexto se debe elegir (...) aquellos que cuentan con la oportunidad de ser pertinentes, pero, a su vez, tal elección solo es posible después que el contexto ha sido reconocido (procesado algorítmicamente)” (p. 252). De nuevos somos abocados a las aporías de la representatividad absoluta.

Al final los experimentos de procesamiento se van reduciendo a ámbitos específicos donde los datos parecen encajar en contextos controlados. Esto supone la disgregación del objeto de la psicología en micro-ámbitos no relacionados entre sí, lo cual acaba con la posibilidad de un objeto de estudio unitario de la disciplina (p. 254).

La tercera parte supone el clímax: El campo psicológico desde una perspectiva fenoménico-contextual. El concepto que articula la propuesta de Robles es el de “inminencia operatoria” del estar presente y ausente de lo fenomenológico en cuanto a intención de “algo”, y que conectará al final del bloque con la posibilidad de un “control sistemático” de la conducta por parte de la psicología skinneriana.

La inminencia operatoria surgirá de la investigación fenomenológica, y por lo tanto, de esa actitud husserliana de suspensión de las formas naturales de cognición, que es una forma de la duda metódica pero sin la pretensión de llegar a un principio fundante a la manera de las ciencias naturales, y por lo tanto fuera del manto ideológico del prejuicio de mundo de Galileo y Descartes. Robles opina que la fenomenología no trabaja ni con la vida interior (experiencia interna) adherida a la *res cogitans*, ni con los objetos que residen (ex-

perencia externa) en el contexto de la *res extensa*. La fenomenología se ocupa de “describir y aprehender la estructura de la experiencial tal y como ésta se exhibe y se muestra por sí misma” (p. 279). Se trata, por tanto, de volver al ámbito previo al significado, al ámbito del “aparecer” que lleva implícito el apuntar a lo que está en la intención. Según Robles, no se quiere alcanzar las causas remotas, ocultas o “reales” que presuntamente pudiera constituir los objetos de la experiencia según “el prejuicio de mundo” (p. 283). Esto es así porque los fenómenos son de naturaleza “referencial” o intencional. Transitiva. La intención del que tiene que actuar necesita hacerse cargo de la totalidad *respeccional* lo cual le lleva a considerar (¿interpretar?) lo que no se manifiesta del prágmata (objeto para la conducta). De ahí la inminencia como un estado vivencial de atender lo ausente a partir de lo presente.

Se apela al *Lebenswelt* pre-hermenéutico que Ortega extrae de Husserl como el espacio previo a cualquier Idea, y que es el espacio de las creencias prácticas a-representacionales. Las Ideas surgirán de “la fractura” de este ámbito de creencias (p. 310). Las conductas estarían también en este ámbito pragmático. De nuevo recordará a Merleau-Ponty. “Ni el en-sí (prejuicio de mundo) ni el para sí (mente) sino en el «entre-dos»” (p. 313).

La inminencia operatoria se hace evidente para Robles en la escena de la caza, en la que el que persigue debe adivinar el comportamiento de la presa (lo ausente) a partir de la presencia para poder dominarla. El cazador debe “integrar su visión con la que ejercita el perseguido” (como se cita de Ortega y Gasset en p. 324) para su logro. Así encuentra el autor la forma por la que se sale del estado “autista” en el que estaba confinado en la concepción representacional (p.330). El contexto embarga el yo, y así se puede decir “yo soy mi mundo” (Wittgenstein) o “yo soy yo y mi circunstancia” (Ortega), afirmación, esta última, a la que Robles le quitaría el segundo yo. Esta salida del ego es narrada con Ortega como la consideración de que lo mío es anterior a lo del yo. De lo mío, se irá a lo social (como se citó de Ortega y Gasset en p. 334).

El cuerpo “es el gozne efectivo y material de la perspectiva y la circunstancia” (p. 342). La gran razón nietzscheana. El existencialismo de Merleau y de Sartre opera en la concepción del sujeto como cuerpo. El cuerpo es la presencia que nunca se percibe en su totalidad, luego es el epicentro de la ausencia y la presencia que surge originariamente de la propiocepción y que, de ahí, se reproduce en todo lo demás.

El control de la psique tiene su parangón en el control metodológico del objeto de estudio. Aquí opera de fondo la Teoría del cierre categorial, como muestra Vicente Caballero de la Torre en el estudio introductorio. Dado que la psique se caracteriza por la inminencia operatoria, la ciencia debe constituirse en ese nudo de presencias y ausencias de la contingencia.

El terreno está preparado para el último capítulo del libro: “El conductismo radical como ejemplar eminente de la perspectiva fenoménico-contextual en psicología”. La conducta es la instancia que a partir del estímulo presente es orientado al refuerzo ausente, considerando que

el propio control o dominio sobre la situación funciona como refuerzo en cuanto a “logro operable”.

Desde la propia disciplina, Francisco Robles recoge el relevo del enfoque totalizador de la *Gestalt* y de Kurt Lewin, cuyo “espacio vital” relaciona con el “campo de presencia” de Merleau-Ponty, para conectar con el enfoque holístico, interesado en intervenir más que en determinar la naturaleza de los campos anteriores, desembocando en la práctica de Skinner para el dominio de la conducta operante. Robles critica a las corrientes psicológicas centradas en el plano meta-científico (representacional) y no práctico o ejercitativo a las que considera como un conjunto de ideas que (lo dice a través de J. B. Fuentes, pero lo dice): “tendería más a servir de instrumento ideológico legitimador de agrupaciones sociológicas” (como se cita en p. 262).

Robles describe el conductismo operante a partir del concepto de remisión heideggeriano de manera que la conducta operatoria remite a los *prágmatas* (útiles) que actúan como refuerzos a la vez que como operadores (p. 290) a partir del eje de sentido del esquema corporal.

Es llamativo que Robles corrige a Skinner cuando este último hace teoría y dice que “el refuerzo sigue simplemente a la respuesta”, para hacer ver que, en realidad, la práctica del psicólogo americano se sustrae a la sucesión en su enfoque global de la conducta donde ya el refuerzo debe de estar presente en la conducta como una suerte de orientación que sustenta la perspectiva fenomenológicamente entendida (p. 300). Así, el autor insiste en el holismo integrador del logro operable (reforzador), el estímulo (contexto) y la conducta. Así también, rechaza el concepto de estímulo discriminativo, pues este implica un identificar un desencadenante de la totalidad *remisional*. El refuerzo no sucede a la conducta, sino que ya está presente en la intención del esquema corporal previamente. No hay que considerar este esquema como un concepto cognitivo: “no cabe interpretar ni a la orientación que supone la operante como una instancia cognitiva «presente» (...) ni tampoco al reforzador” (p. 299).

Robles hace pensar con este libro sobre el fin, y la forma, de hacer psicología, y llega a un núcleo básico, insoslayable, el de la inminencia operatoria que alude al control conductual a partir de la situación (aspecto contextualizador) y del refuerzo o “logro operable” (presente y ausente). Robles no se pronuncia directamente sobre la clínica cognitivista como camino de modificación conductual que funciona. La decapitación de la mente, y el dejar sólo el esquema corporal, que realiza Robles, parece no atender a este hecho pragmático: las instrucciones verbales tanto desde fuera como desde dentro, como autorreflexión, parecen ser eficaces en *reprogramarnos*. La cuestión que me planteo es si una situación pragmática de comunicación se consideraría un cambio contextual y de reforzadores válido para Robles.

Para finalizar, parece necesario añadir que, en el esquema fenomenológico contextual de Robles, el otro sólo aparece como posibilidad de dominado (en su conducta). Siguiendo la metáfora de la caza podríamos decir que aparece como presa. No hay diferencia en la remisión a un prágmata como útil o como persona. La salida

del *autismo* contemplativo representacional se realiza por vía del control para el logro personal. Vivencia es una relación con lo mío. El cuerpo es el gozne de ese “entre dos” (entre el contenido de la mente y la sensación del objeto), pero se debería meter al tercero en discordia para salir de “lo mío” existencial. En esa “inminencia operatoria” no hay sitio para una trayectoria del sujeto en su trato con los otros sujetos, donde los *prágmatas* son mediadores de dicho trato. No se tiene en cuenta que el logro siempre requiere de la ayuda del otro porque

cazar se hacía en grupo, pero más allá de eso, ¿para qué se caza? Para llegar a un compartir la presa. Creo que ahí está el lugar del desarrollo del campo científico de la psicología, en la irremediable concepción del compartir que condiciona la perspectiva del cuerpo fenoménico, y que es el sustrato a-representacional anterior y fundante del lenguaje.

Raúl Camarero Píriz
UCM